

Un tesoro en Larraza

Se acerca la hora. Mayores y zagales acuden desde el centro y desde todas las corralizas. Sus voces navegan a través de la brisa para unirse al murmullo de ramas y hojas que acompañan su camino, incluso el lejano susurro de las aguas del Arga se funde con ellos en una suerte de música celestial.

Es hermoso, aunque nada comparable a la razón de su viaje: escuchar las notas que emanan solemnes del majestuoso órgano, que luce en San Miguel, y que recuerda en cada acorde las manos de Diego, su creador. Comienza. Elevan sus ojos y la melodía penetra a través de los sentidos en el alma de todos ellos. Inevitablemente, siempre, se conmueven hasta sentir una noble y profunda gratitud hacia todas las manos que han hecho posible que suceda, una vez más, esta magia extraordinaria.

Firmado: Pábulo

